MIQUEL

Miquel se vio ataviado con unas ropas que no eran las de siempre, arabescos de colores, encima de una impoluta camisa blanca, alrededor de la cintura una franja de tela de color granate y unos pantalones super anchos de color blanco que más bien parecían una falda, unos calcetines blancos que se parecían a las medias de mamá, ya que llegaban al muslo, y unas zapatillas con un cordón negro que se le salían a toda hora.

Su padre le estaba mirando y al cruzar su mirada encontró el calor de un cariño total y absoluto. Su padre, vestido con una chaqueta negra, con unos botones redonditos dorados en aquella chaqueta tan rara, pantalones igualmente negros y en la cintura, rodeándola, una tela de color azul con un escudo al medio.

La banda de música sonaba tan alegre que realmente invitaba a bailar sobre el asfalto, de hecho, su mamá iba balanceándose al ritmo de la misma música junto con otras mamás, vestidas todas con unas faldas muy anchas de colorines y flores, un peinado que a Miquel le pareció complicadísimo y unas cosas sujetas en el pelo de color dorado. También les colgaba de la cabeza y encima de los hombros una tela muy bonita, a Miquel le recordaba el mantel que puso mamá en Navidad en la mesa.

Pero lo que Miquel si percibió era un ambiente repleto de alegría y felicidad, de modo que pensó que ese debía ser un gran día, si no hubiera sido por el susto que se llevó con aquel ruido estruendoso de los petardos.

Uno, que se ve que era el jefe, no hacía otra cosa que gritar *“daros prisa, que lo perdemos”* Miquel no sabía que es lo que iban a perder, pero si sintió el tirón de su padre de la mano obligándole a acelerar el paso.

Al cruzar la vía a Miquel le llegó un fresco aroma de la playa ¡qué ganas tenía Miquel de que llegara el verano para ir a jugar con la arena y el agua! Decía papá que aquella era la mejor playa del mundo, la Malva-Rosa, así la llamaba.

“Menos mal, ahí llega el trenet. Gracias a que la estación de La Cadena está cerca, que si llega a estar un poco más lejos no llegamos” dijo el jefe.

¡Qué bien! Pensó Miquel, un viaje en tren, con lo que a él eso le gustaba. De verdad que iba a ser un día especial.

A veces, papá lo llevaba en tren para ir a un parque que había muy lejos, al lado del río que tenía muchos puentes de piedra, como los del juego de los romanos.

En el tren, lo mayores, no los papás, los mayores, cantaban y bailaban junto con los músicos y bebían de unas botellas que llevaban. Entonces Miquel quería ser mayor para cantar y bailar también.

Al bajar del tren se pusieron todos en fila, Miquel de la mano de su padre, aunque él quería soltarse, pero papá no le dejó.

Quedaron un montón de tiempo parados y sin filas, Miquel corría jugando al pillapilla con otros niños que vestían como él, aunque había alguno que iba de negro, como los papás, entonces, de repente, el jefe dijo *"Au, anem qu'ens toca".*

Empezamos a andar todos en filas, por una calle muy ancha y llena a tope de gente alrededor… y había gente que hasta aplaudía.

…

Miquel, parado frente a Capitanía, miró a su hijo. Hacía casi cuarenta años de aquello y cuando cruzó su mirada con la de su hijo, de la mano, adivinó todo lo que estaba pasando por su mente encontrándose en los ojos del niño el mismo calor, cariño y admiración que él sintió al cruzar su mirada con la de su padre.

Miquel